

MALVINAS

Memorias de infancias
en tiempos de guerra

Selección y prólogo
María Teresa Andruetto



conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Ministerio de Cultura
Argentina

Autoridades

Presidente de la Nación

Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Cultura de la Nación

Prof. Tristán Bauer

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Presidenta

Lic. María del Carmen Bianchi

Secretaria

María Guadalupe Conde

Vocales

Cdra. Marisa Alfiz

Lic. Adriana Lis Maggio

Daniel Lorente

Elsa Inés Tañski



MALVINAS

Memorias de infancias
en tiempos de guerra

Selección y prólogo
María Teresa Andruetto

Malvinas : memorias de infancias en tiempos de guerra / Isol ... [et al.] ; compilación de María Teresa Andruetto ; Prólogo de María Teresa Andruetto. - 1a ed ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Comisión Nacional Protectora de Bibliotecas Populares, 2022.
168 p. ; 28x 20 cm. - (Biblioteca Popular)

ISBN 978-987-1696-34-5

1. Literatura Argentina. 2. Guerra de Malvinas. I. Isol II. Andruetto, María Teresa, comp. III. Andruetto, María Teresa, prolog. CDD 997.11

Idea y coordinación general
María Julia Magistratti

Coordinación editorial
Esteban Gutiérrez
Laura Rovito

Diseño y diagramación
Ariana Jenik

Producción
María Celeste Albe

Ilustración de tapa
Isol Misenta

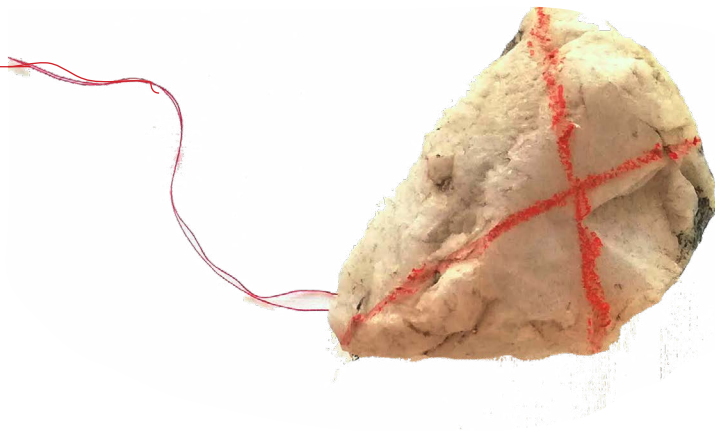
Colaboraron en esta edición:
Marisa Alfiz, Noelia Ale, Paola Molina, Gisela Miliani

Obra Registrada en la Dirección Nacional
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-34-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.





MALVINAS

Memorias de infancias en tiempos de guerra

Selección y prólogo

María Teresa Andruetto

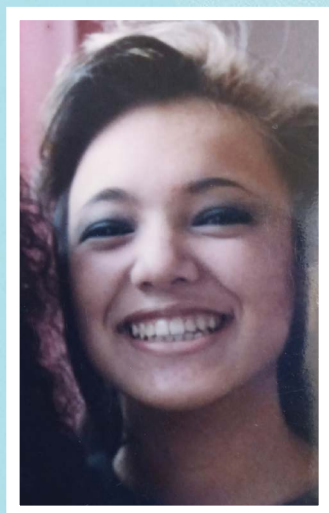
conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Ministerio de Cultura
Argentina

Índice

- Presentación, 11
- Prólogo de María Teresa Andruetto, 14
- Isol Misenta / *Aires del '82*, 18
- Fernanda García Lao / *Niña sin patria*, 20
- Roberta Iannamico / *El cuento de Malvinas*, 28
- María Elina Méndez / *Yo y la guerra*, 32
- Luciano Saracino / *Florenxia*, 34
- Mariano Quirós / *Los vendedores de enciclopedias*, 40
- Matías Trillo / *Pastosa emanación de matadero*, 46
- Ariel Williams / *La noche de los focos*, 48
- Julián Axat / *Chimbote y temerario*, 56
- Poly Bernatene / *Me lo contaron en colores*, 60
- Marcelo Guerrieri / *Es todo cuanto puedo dar*, 62
- Patricia Suárez / *Claridad*, 72
- Cynthia Orensztajn / *Carta a un soldado*, 82
- Alejandra Kamiya / *Cosas que no sé*, 84
- Eduardo Sacheri / *El silencio del pescadero*, 90
- Costhanzo / *Bajo fuego*, 96
- Gustavo Murillo / *Una odisea (el camino más largo)*, 98
- Sergio De Matteo / *Niebla de guerra*, 102
- Nicolás Arispe / *La batalla de Monte Longdon*, 110
- Viviana Ayilef / *El portero de la escuela*, 112
- Silvia Mellado / *Retales*, 118
- Pablo Bernasconi / *Contrapunto*, 124
- Natalia Ferreyra / *Como si acá no hubiera pasado nada*, 126
- Leo Oyola / *Los ojos más lindos de Isidro Casanova*, 132
- Raquel Cané / *Monstruos y titiriteros*, 136
- María Pia López / *La provincia de la infancia*, 138
- Láminas, 145



Alejandra Kamiya

Nació en Buenos Aires, 1966. Publicó los libros de relatos *Los árboles caídos también son el bosque* y *El sol mueve la sombra de las cosas quietas*. Participó en las antologías *Los que vienen y los que se van*, *historias de inmigración en la Argentina*; *Por favor sea breve* y *Bailarinas*, entre otras. Algunos de los premios que recibió fueron: Premio Universidad Católica Argentina-SUTERH, Premio Feria del Libro de Buenos Aires, Premio Fondo Nacional de las Artes 50° Aniversario, Premio Max Aub (España), Premio Metrovías, Premio Fundación Victoria Ocampo / Fundación Banco Ciudad, Premio Unicaja (España), Premio Horacio Quiroga (Uruguay).

Cosas que no sé

Habíamos dejado todo atrás. No, era yo quien había dejado todo atrás. Mis padres lo habían hecho antes, cuando habían venido a Buenos Aires, cuando se habían casado. Y mi hermana Mei aún no tenía nada que dejar atrás. El viaje había durado tres días en los que el auto se había ido transformando en una especie de casa plegada en la que Mei y yo jugábamos y peleábamos, mis padres se turnaban para dormir, desplegaban mapas, prometían que íbamos a ver pingüinos, ballenas y lobos marinos. Mi madre dijo que papá tenía que estar cerca de los puertos, y él dijo “cerca del mar” mirándonos por el espejo. Mei preguntó “¿Cerca del mar o del puerto?”, y yo le dije que los puertos eran las puertas del mar. Ella hizo entonces eso que hacía con los ojos: mirar para arriba como si así empujara hacia dentro la idea.

A ella le habían dicho lo de los pingüinos, y a mí mi padre me había hablado de los barcos, y me había explicado que siempre que había petróleo era probable que hubiera también langostinos. Me habló de cómo había comenzado la vida. “Desde el mar”, dijo y usó palabras que yo sabía que eran de trabajo y eso me hizo sentir grande.

Cuando entramos a la ciudad, mamá, Mei y yo nos pegamos a las ventanillas mientras papá decía “allá está el colegio”, “para allá el puerto”, “esta es la avenida principal”, “allá, la plaza”, “la iglesia”, “la agencia”.

Todo era gris menos el cielo y el mar. Las calles, las casas y hasta la gente eran de algún modo grises. El cielo era mucho más grande que en Buenos Aires y parecía aplastar el paisaje, echársele encima como si pesara, y el mar no era amable como en las vacaciones. Era un mar para barcos, no para personas. Y hasta los barcos más grandes parecían indefensos.

El departamento estaba en uno de los pocos edificios de varios pisos y eso hacía que diera la sensación de flotar solo. Nuestros muebles también flotaban incómodos en demasiado espacio vacío. El primer día escuché un ligero eco pegado a nuestras voces y después, el viento. El viento no dejaba nunca de soplar. Aunque a veces, cuando hacía una ínfima pausa, yo sentía que en lugar de soplar, aspiraba, para volver luego a exhalar, lo que lo transformaba en una enorme respiración. Una respiración enorme que iba y venía a través de todo, y ese asomo de dolor que es el frío.

En la escuela también yo parecía flotar sobre los demás. Los primeros días me hicieron las preguntas que a esa altura sabía responder sin vacilar: “No, no soy china”. “Nací acá, mi papá es japonés”. Pero se agregó una que hacía que cualquier respuesta fuera inútil. Dijera lo que dijera, lo esencial estaba en el hecho de que a mí pudieran preguntarme “¿Quién querés que gane la guerra?”. Yo respondía “Argentina”, y agregaba, “¿y vos?”, en un intento de emparejar no sabía qué.

Algunos chicos decían que eran nacidos y criados ahí, y yo pensaba que debía mantener en secreto que mi papá, mi mamá, mi hermana y yo habíamos nacido en lugares diferentes.

Aprendíamos cosas como a cerrar el gas en caso de ataque, a cubrirnos la cabeza metida entre los brazos y las piernas, cómo llegar al hospital siguiendo unas líneas blancas. Eso era lo que más les divertía a mis amigas de Buenos Aires. Todas las semanas les enviaba una carta y recibía otra de ellas con carteles de letras gordas. Una vez Lucila me mandó un boleto capicúa.

La casa no tenía cortinas y veíamos a un lado el mar y al otro, un monte.

Yo había vivido siempre protegida entre edificios. Había tenido amigas con las que caminaba abrazada como veía hacer ahora a las otras chicas. La guerra había sido algo de lo que hablaban mis abuelos, no algo de lo que se hablara en la escuela, en la televisión, en los lugares donde mi madre hacía las compras.

A las dos semanas papá tuvo que viajar a Japón de nuevo. Entonces mi madre hizo un arreglo con una vecina que tenía teléfono. Después de darnos de comer, ella bajaba cada noche a la casa de los vecinos y nosotras nos íbamos a dormir.

La operadora siempre decía que había demora y mi mamá debía esperar conversando con la vecina. A veces le llevaba lo que ella llamaba “un pequeño obsequio”: un budín, un pañuelo, una carpeta de hilo.

Una noche Mei se había quedado dormida en el sillón y mamá antes de irse dijo: “No la despiertes, yo lo hago cuando vuelvo”. Me había dicho que debíamos mantener todas las luces apagadas. “Es importante”, dijo. En el colegio yo había aprendido que eran “prácticas de oscurecimiento” para que los aviones no vieran las ciudades y no las bombardearan.

Mamá se había quedado sentada junto a mí después de apagar las luces, pero cuando cerró la puerta, la oscuridad se expandió de repente, como si hubiera explotado en silencio.

De pie frente a la puerta cerrada sólo atiné a girar hacia el ventanal.

En lugar de balcón había un gran vidrio y contra él mamá había puesto las mace-tas de la otra casa. Las plantas habían perdido las hojas, la forma, la alegría. Una era apenas un tronco interrumpido. Cuando me di vuelta eran solo sombras.

Ahí estaba yo, sola, de pie frente a la oscuridad.
Sólo la noche puede ser tan joven y tan vieja.
No había nada que se interpusiera entre nosotras. La ciudad y mi casa se habían apagado y hasta la respiración del viento se había detenido.
Era tan absoluta la oscuridad que parecía una verdad, quiero decir algo frente a lo que lo demás resulta débil.
Si hubiera podido arrojarme a la noche me habría diluido en ella. Las partículas de las que estoy hecha se habrían alejado unas de otras con una extraña y mansa suavidad.
Pero entonces Mei se despertó y empezó a llorar.
Al principio, como lo hacía a veces, frotándose los ojos con un fastidio dulzón, pero después, a medida que iba viendo más y más oscuridad, su llanto se volvió agrio e insoportable.
“Mei, Mei”, decía yo y le tocaba los hombros, la cabeza, la espalda. En cuanto me puse en cuclillas ella se echó contra mí y la abracé. Yo nunca abrazaba a mi hermana. Eso lo hacía mi madre.
—¿Dónde está todo? —dijo moqueando.
—Ahí, abajo de la oscuridad.
Mei dejó de llorar y se acercó al vidrio.
—Está ahí —insistí— todo: las casas, el videoclub, los chicos.
Ella seguía aspirando largo y tenía hipo.
—Vení —dije mostrando la palma de mi mano—, metámonos acá. —Y me tiré en el piso entre las dos macetas grandes.
Ella se puso en cuclillas a mi lado con los codos entre las rodillas y las manos agarradas sobre el pecho.
—Aunque no lo vemos, está todo —dije señalando hacia abajo.
Mei seguía haciendo una especie de nudo con las manitas.
Hablábamos muy bajo porque había algo en el silencio que no debíamos romper, o eso creíamos porque el silencio era parecido a la oscuridad.
—Nos estamos escondiendo —dije.
Eso pareció gustarle.
Se agachó un poco más y me miró como preguntándome algo.
—De los ingleses —dije.
Siguió mirándome de ese modo y agregué:
—Para que no nos maten.
—Sí —dijo ella, ligeramente divertida—. ¿Dónde están?
—Vienen en barcos y aviones.

Bajó un poco más la cabeza y dijo:
—Sí —de nuevo.
—Si apagamos las luces, no nos ven.
—¿Y si nos matan? —dijo ella.
—Nos morimos.
—¿Y mamá?
—Seguro que se muere después.
—Ah —dijo aliviada.
Y después agregó, torciendo un poco la cabeza:
—¿Y cómo es morirse?
—Oscuro.
Eso pareció no gustarle. Miró hacia abajo y dijo:
—¿Y cuando se muera mamá, si no nos ve?
—La oscuridad se va borrando, Mei. ¿Ves que ahora se ve más que hace un rato?
Los ojos se acostumbran.
—Como con rayos —dijo ella y se señaló los ojos.
—Sí —dije.
—¿Y papá? —dijo mirándome.
—Papá también se va a morir.
—La familia muerta —dijo divertida y moviendo las manos a los costados de su cabeza.
—Sí, juntos.
—¿Y los demás? —dijo ella.
—¿Quiénes?
—Agustina, la abuela, las tías, Mumi, Ojisan... —enumeró.
—Ellos van a seguir vivos y después también se van a morir.
Miró para un costado.
—Es como cuando papá está en Japón y allá es de día y acá de noche: los vivos están de un lado y los muertos del otro.
—Durmiendo —dijo.
—Sí —dije.
—Por eso tienen los ojos cerrados —dijo ella.
Asentí y ella se quedó un rato en silencio.
—¿Y después? —dijo al fin.
—¿Qué después? —dije—. No hay después.
Me miró un poco molesta y se sentó en el piso.

—Mirá, Mei —dije y señalé la Luna que era apenas un borde, una curva de luz que no llegaba a dar la vuelta y se interrumpía.

—¿Y los ingleses —dijo de repente— también se mueren?

—Se mueren, sí —dije—. Como nosotros.

—¿Y quién queda?

—Otros.

Hablé con Mei como con la noche. No, con Mei me di cuenta de algunas cosas porque las dije y de otras porque no pude decirlas.

Entonces empezaron a encenderse las luces en la ciudad y abrió la puerta mamá y apareció el sillón verde y los almohadones con flores y todas nuestras cosas que ya no parecían ni tan solas ni tan pocas. Era como si hablaran, las cosas.

“Papá les manda un beso”, dijo mamá y alzó a Mei y me tomó de la mano, como cuando yo era un poco más chica. “¿Qué hacen despiertas?”

“Estábamos en la guerra”, dijo Mei.

Mamá me miró y no dijo nada y después Mei se rio, y mamá también, y yo, y nos reímos de un modo extraño. Nos reímos como si no pudiéramos reírnos.

Nada tenía sentido en esos días y cuando papá volvió lo confirmó: dijo que sobre el monte que estaba detrás, del lado contrario al mar, habían encontrado caracoles. “Conchas marinas”, dijo. No tenía sentido o para que lo tuviera el mar debería haberlo cubierto todo, la ciudad entera y nosotros no podríamos haber existido, no ahí mismo.

Pocos meses después volvimos a Buenos Aires.

Mei se olvidó de aquella noche.

Cuando mamá habla de esa época, dice que había camiones “llenos de chicos” y cierra los ojos con fuerza. Papá dice que aquello no fue realmente una guerra y mira el piso.

Mis amigas dicen que yo estuve más cerca.

Yo sólo recuerdo la noche inmensa.